

Entre Isabel Pantoja y Andrés Bódalo

ANTONIO TORRES :: 02/02/2017

Dos Andalucías, la de la sumisión, la opresión y la dependencia, la del show televisivo, frente a la Andalucía de la dignidad nacional

El pasado lunes por la noche, en horario de máxima audiencia, uno de los bufones de la Corte del Reino de España, Pablo Motos, se empleó como nunca en su baboseo habitual blanqueando la imagen de una maltrecha mediáticamente Isabel Pantoja, reapareciendo en su programa televisivo. Desde la corrupción urbanística y el blanqueo de capitales, pasando por su faceta como artista, hasta su intensa vida personal retratada en la prensa rosa o narrada hasta la saciedad en los interminables programas del "corazón", la Pantoja no deja indiferente a nadie: o se la quiere o se la odia.

Como era de esperar, después de una intensa campaña previa en los medios de Atresmedia, el programa de Pablo Motos -El Hormiguero- consiguió su objetivo más inmediato: marcó el máximo histórico del programa con un 23,4% del share y un total de 4.783.000 espectadores, según revela la propia Atresmedia; igualmente, consiguió el minuto de oro con nada menos que 6 millones de espectadores y un 30% del share. Esa noche Pablo Motos tenía un brillo especial en sus ojos: el sonido de la caja registradora no paraba de sonar. Entre Pablo Motos e Isabel Pantoja hubo un pacto previo evidente, es más, el propio Motos reveló que ambos cenaron juntos días antes, quizá, es un suponer, para ultimar cuestiones referentes al programa: tú me blanqueas la imagen, me haces un programa amable sin salidas de tono, ni se te ocurra decir palabras "cárcel" o "blanqueo", nombres propios como "Julián Muñoz" o de lugares como "Marbella", y me promocionas un disco que solo compran mis incondicionales, y a cambio yo te peto la audiencia y te lo llevas calentito. La Pantoja lo petó, está claro, y quizá por eso esa noche vimos a un Pablo Motos más pelota, baboso y "cuñao" de la cuenta, que ya es decir, y al que le llovieron las críticas en las redes sociales, algunas de ellas llenas de fina ironía, sugerían que el próximo invitado de El Hormiguero fuera Iñaki Urdangarín.

Mientras todo esto ocurría en un plató de Madrid, en el Paseo de la Castellana para más señas, lejos, en la prisión de Jaén II, kilómetro 8 de la carretera Bailén-Motril, el sindicalista del SAT, Andrés Bódalo, dormía esperando que se le concediera el tercer grado penitenciario y recobrar algo, un poco aunque sea, de su libertad tan injustamente arrebatada. A la mañana siguiente, la Audiencia Provincial de Jaén rechazaba la concesión del tercer grado para Andrés Bódalo, a pesar de que el auto reconoce "*su buena conducta penitenciaria, la asunción correcta de la normativa institucional, participación en actividades programadas, ausencia de sanciones, apoyo familiar, hábitos laborales y la ausencia de adicciones*", en el auto se expresa los temores de que el "condenado" vuelva reincidir y dice: "*no existen evidencias de arrepentimiento del penado respecto a la actividad delictiva por la que está cumpliendo condena*" y remata: "*(Andrés Bódalo tiene) una falta de capacidad para vivir en un régimen de semilibertad como es el tercer grado, e incluso un segundo grado flexible*". Confirmando el tópico hay que señalar que para el régimen español luchar por los derechos de los trabajadores es delito y se paga. El auto es

injusto, muy injusto, pero coherente, muy coherente, con las bases políticas e ideológicas del régimen postfranquista español y con los intereses de la gran oligarquía. Aunque no lo parezca, y aunque a algunos les pueda resultar exagerado, pero Bódalo es cuestión de Estado; con Bódalo en la cárcel se quiere encarcelar al SAT y al conjunto de la organización, la lucha y la dignidad de la clase obrera y del del pueblo trabajador andaluz, independientemente de siglas, para doblegarnos y someternos.

Dos Andalucías frente a frente, dos Andalucías, entre Isabel Pantoja y Andrés Bódalo, la una luciendo y brillando en prime time televisivo, la otra encerrada en prisión, pagando por un delito que no está tipificado: luchar por los derechos de los trabajadores y trabajadoras.

Independientemente de dotes artísticas, no cabe duda de que Isabel Pantoja representa esa Andalucía que cantaba Pepe Suero, la Andalucía que divierte, la que *“vendes penas a los señores que compran risas con tu dolor”*, la Andalucía que entretiene, la Andalucía que canta canción española y no copla andaluza, parafraseando la rotunda dignidad andaluza del desaparecido Carlos Cano. Isabel Pantoja ejemplifica con su persona como se entiende el ascenso social en una Andalucía condenada históricamente a la opresión nacional, a la marginación y la dependencia: sumisión asquerosa con los de arriba y grosera mirada de desprecio a quienes el ascenso social ha dejado por debajo; un ascenso social que tiene por modelo ideal al terrateniente aristócrata, al señorito de finca en Andalucía y residencia en Madrid.

En Marbella la Pantoja se creyó reina y señora del cortijo, pero resultó que después de todo ella no dejaba de ser un títere, una don nadie perdida entre ambiciones propias y ajenas; con gente muy por encima de ella, y por supuesto, también muy por encima de José Antonio Roca y Julián Muñoz, terminó inevitablemente cayendo en desgracia.

Por eso, a Isabel Pantoja se le perdonan sus pecados, los propios y los ajenos, y se le entrega un programa de máxima audiencia para que pueda blanquear su imagen, por lo que simboliza y por lo funcional que es para los intereses del régimen, y por eso a Andrés Bódalo le han denegado el tercer grado, porque el régimen español no perdona ni admite la organización, la lucha y la resistencia de la clase obrera y del conjunto del pueblo trabajador andaluz, porque Andalucía debe estar sometida y con la cabeza *agachá* iy ay de aquel, ay de aquella, que se atreva a levantar la cabeza!, ya sean jornaleros del campo, como Andrés, o de la hostelería y el turismo, como en la Marbella en la que la Pantoja se coronó paseando de la mano de Julián Muñoz, y de la mano también, y de esto poco se habla y cuando se hace es siempre en voz baja -por algo será-, de un PSOE andaluz que siempre ha procurado tenerla en un pedestal y subirle sus ínfulas.

Dos Andalucías, la de la sumisión, la opresión y la dependencia, la del show televisivo, frente a la Andalucía de la dignidad nacional, de la clase obrera y el pueblo, encarcelada y reprimida. Dos Andalucías, entre la Pantoja y Andrés Bódalo.

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/entre-isabel-pantoja-y-andres